



Íconos. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1390-1249
revistaiconos@flacso.org.ec
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Aguirre, Milagros
El asalto huao desde la prensa
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 17, septiembre, 2003, pp. 15-20
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50901702>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El asalto huao desde la

Milagros Aguirre¹

La noticia de que un grupo de guerreros huaos había matado a al menos 16 personas de un clan desconocido en el corazón de la selva ecuatoriana llegó a manos de la prensa mediante un boletín de los dirigentes huaorani. Un escueto y confuso escrito que hablaba de 30 muertos y de unos presuntos culpables: los madereros. El boletín pedía, además, que nadie acuda a la zona, incluidas prensa y autoridades, para no causar más conflictividad en un territorio frágil y conmocionado:

“Se pide encarecidamente a los medios de comunicación no ingresar a la zona ta-gaeiri, y abstenerse de realizar sobrevuelos para observar la zona, pues éstos van a alterar más las pasiones guerreras y entorpecer y poner en peligro la vida de los comisionados que van a ingresar al sitio de los hechos. De la misma forma les solicitamos no realizar entrevistas a los presuntos matadores a fin de no alentar otras incursiones similares” (sic.)

De esa misma manera, meses antes, llegó una noticia similar: cinco madereros habían muerto en manos de los tagaeri. Nunca se supo el nombre de los muertos ni si lloraron sus viudas. En esa ocasión nadie fue al sitio... Pero grandes titulares aparecieron en los medios (“Furia tagaeri”, por ejemplo, en enormes le-



tras rojas en la primera página de un vespertino). Crónica roja, por cierto. Y ninguna certeza. En ese momento no hubo investigación ni debates sobre la justicia ni tampoco presuntos culpables. Nada se supo de las víctimas. Ni de los responsables de esas muertes.

Las noticias que se publicaron sobre el nuevo ataque huao fueron como espejos deformantes de una realidad desconocida y lejana: como crónica roja y noticia judicial de primera página y, con pocas excepciones, como un hecho cultural. Nadie sabía, a ciencia cierta, si escribir “tagairi”, “tagueiri” o “tagaeri”;

“taromenani” o “taromenane”. Los titulares amarillistas más bien deformaban los acontecimientos: “horroroso genocidio” de estos “salvajes” habitantes de la Amazonia; culpa de los “infames madereros colombianos que han pagado a los ingenuos indígenas para cometer tan atroz asalto”. ¿Para qué querían los madereros instar a una matanza en la zona? ¿Para qué iban a hacer un avispero justo en el lugar de donde hoy sacan madera ilegalmente con ayuda de los propios huaorani y sin vigilancia ni control alguno? ¿Instar a las muertes no tendría un efecto bumerang para ellos?

El relato de los protagonistas

Los primeros días todo fue confusión. El primer relato real de los hechos lo tuvieron los misioneros del Vicariato Apostólico de Aguairico: los guerreros huao acudieron a la misma casa a la que acudieron en varias de sus hazañas anteriores a contar lo que había sucedido.

El capuchino Juan Carlos Andueza fue quien tuvo, de primera mano, el relato de los hechos. En los últimos tiempos, él ha actuado de visitador de los huaorani del Tigüino. Y así como Tigüe acudió a él a contarle de cuando se encontró en el monte con Haihua, un tagaeri, cuando iba de cacería, acudió esta vez, a los pocos días del asalto, para contar “a un hermano de Alejandro” (Alejandro Labaka), lo que había sucedido. Lo esperó en la casa de los capuchinos en Coca y lo acompañó hasta el Tigüino, donde el clan de Babe. Ya en la casa de Omene, un curtido guerrero del Tigüino, quien sin levantar la cabeza pulía con el machete la punta de una lanza, Tihue rompió el silencio y ambos comenzaron a contar el hecho: “toda muerte debe ser vengada”. Juan Carlos grabó el relato y así, como lo contó, se publicó en El Comercio y en Expreso:

“La mujer de Carlos Omene no dejaba de llorar. No se consolaba ni conseguía marido. Diez años después de que él fuera muerto por una lanza tagairi, ella seguía sufriendo. Su llanto recordaba a los guerreros del clan Ba-beiri lo que pasó en 1993, cuando los huao-

rani fueron a por los tagaeri y robaron a una muchacha, Omatuki. Al intentar devolverla, Carlos Omene fue atacado. Murió en el hospital de Coca, luego que le extrajeran la lanza que llevaba en el vientre. Esa muerte nunca fue vengada. Ni olvidada.

El ataque fue pensado con tiempo. Se juntaron nueve guerreros con cuatro o cinco lanzas cada uno. Todos, unidos por alianzas familiares y con alguna razón para ‘vengar’ a sus muertos. Entre ellos están un hermano y un cuñado de Carlos Omene y el padre de una mujer que murió en el accidente con los madereros en noviembre del 2002. La expedición duró una semana. Los guerreros bajaron por el río Tigüino, surcaron el río Cuchiyacu hasta encontrar un camino tagairi. Escondieron la canoa en un pequeño estero y siguieron la búsqueda hasta arribar a una casa abandonada. Ahí durmieron. Al día siguiente se cruzaron varios caminos: uno muy ancho que lleva a una casa y otro más estrecho, por el cual fueron. Después de varias horas de atravesar pantanos y caminar con el agua hasta la cintura llegaron hasta la casa del ataque. La vivienda era grande y tenía dos entradas. Los huaorani la rodearon. Llovía.

Al notar la presencia extraña los hombres de la casa salieron. En ese momento, los huaorani mataron a algunos hombres (hablan de cuatro adultos), a mujeres, jóvenes y niños que estaban al interior. En el ataque no todo fue coordinado. Dos guerreros no pudieron caminar tan a prisa y se retrasaron. La aventura finalizó con el saqueo de lanzas, cerbatanas, hamacas, loras...

Por el camino, los huaorani abandonaron parte del botín por el peso y porque fueron atacados en tres o cuatro ocasiones por los sobrevivientes de la casa. Estos ataques dispersaron al grupo.

Los guerreros dijeron que no entendían las palabras del grupo. Entre lo poco que comprendieron: Baihua, el tagairi que se encontró con Tihue en el monte, a la altura del Km. 36 de la vía a Dicaro, hace algún tiempo, habría muerto. Según Andueza, eso significaría la muerte de los Tagairi o su extinción en manos de otro grupo, los taromenani, venidos del sur por los entre ríos.

Abí, lo huaorani dispararon las escopetas para encontrarse. Las últimas dos noches pasaron junto a los ríos Cuchiyacu y Tigüino. Los huao mataron con lanzas. No con escopetas. Las escopetas son para la cacería, para los pájaros y los animales del monte. 'La escopeta no vale, sólo sirve para asustar', dijo el guerrero Omene.

Los guerreros llevaron la cabeza de una de las víctimas a la comunidad. La prensa sensacionalista hizo fotos de ella y de los huao desnudos, simulando algún ritual. ¿Para qué la llevaron? Por un lado, para mostrar que liquidaron a un jefe. Por otro, para señalar las diferencias: no ha sido un grupo Tagairi sino un grupo de Taromenani, un pueblo que se creía inexistente, casi míticos.

¿Cómo describen a los taromenani? Son de piernas cortas y fuertes, cuerpo grande, de textura gruesa, de piel blanca, pelo corto, orejas con huecos pequeños, de ojos rasgados. Los guerreros hallaron también diferencias en el lenguaje, en las terminaciones de la bodoquera, en las estrías de las lanzas, en las medidas de la hamaca.

La historia todavía tiene zonas oscuras. Dabo, uno de los que participó en el asalto, refuerza el primer relato obtenido por Juan Carlos, y lo alimenta con alguna dosis de imaginación: “los taromenane se colgaron de las vigas de la casa, como monos, como chorongos. Entonces prendimos fuego a la casa. En la casa, junto a las hamacas, había muchas más lanzas. La casa se levantaba de tanta gente”. Dabo no tiene miedo y dice que si “es de ir nuevamente, es de ir”. Carlos, como dirigente de la Organización de la Nacionalidad Huaorani de la Amazonia Ecuatoriana (ONHAE) y como hijo preocupado, acudía justo ese día a la casa de su padre Dabo, para conocer el relato porque “hay versiones distintas en la organización”.

Del relato de que los guerreros huaorani fueron a vengar la muerte de Carlos Omene, muerto hace 10 años, se pasó a decir en la prensa -no sólo local sino también internacional- que se había vengado por fin las muertes

del obispo Alejandro Labaka y de Inés Arango... (Diario *El Mundo* de España tituló: “Los indios que vengaron al Obispo bueno”).

La noticia según la dirigencia

La dirigencia indígena (ONHAE y COICA -Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica-), por su parte, negaron la versión contada por los protagonistas de la hazaña:

“Frente a la proliferación de versiones que afirman que la ‘venganza’ sería el móvil del crimen, simplificando la complejidad de la vida de este pueblo y olvidando las múltiples presiones externas que mantienen estos grupos voluntariamente aislados, varias organizaciones indígenas han decidido conformar una comisión especial de alto nivel para impulsar una investigación a profundidad de estos acontecimientos y para establecer un mecanismo que facilite el diálogo entre las comunidades Huaorani (sic)”.



Las noticias fueron como espejos deformantes de una realidad desconocida y lejana: como crónica roja y noticia judicial de primera página y, con pocas excepciones, como un hecho cultural. La prensa debe dejar de creer que lo que publica es verdad. Debe dudar. La duda es el principal axioma del buen periodismo.

Se “denunció” que los guerreros fueron con armas de fuego proporcionadas por los madereros, olvidando que desde hace mucho tiempo que los huaorani tienen escopetas y que, además, esta vez mataron con lanzas, como en antaño. Se dijo que se encontraron balas, luego casquillos de balas, luego pistolas... pero nunca se mostraron las famosas evidencias.



La prensa más sensacionalista mostró en sus páginas una cabeza que pronto estuvo también en las pantallas de televisión. La cabeza, más allá de su escatológica presencia, era la única prueba del crimen y también la única evidencia de los habitantes de un pueblo desconocido: los taromenane.

Las autoridades policiales y judiciales se plantearon la manera de juzgar el crimen; las dirigencias indígenas elaboraron un discurso político alrededor de la madera como factor externo y determinante en la violencia de ese pueblo. Los científicos prefirieron insistir en la figura del buen salvaje, pasando recibo de la violencia a factores externos, ignorando la violencia y las pasiones que son inherentes al ser humano y que hacen parte de la historia de ese fin de mundo.

En esa “agua lodo” que frecuentemente se vuelve la información, uno de los hijos de Babe decidió ir con dos de sus compañeros huaorani de la mano de un diario sensaciona-

lista de Guayaquil, a contar los hechos, a desmentir a su dirigencia y desvirtuar aquella versión de que “la culpa era de los madereros”. Pero la prensa hizo nuevamente trabajo de distorsión: señaló a los visitantes como los propios guerreros, sin verificar que en la lista de los nueve que participaron, estos visitantes no constaban... Los huaorani que llegaron a la sala de redacción de *Extra*, vestidos con trajes “occidentales”, terminaron caminando desnudos con sus tradicionales gumis por La Rotonda, por La Bahía de Guayaquil y en la playa... cuando alguna prensa quiso analizar la manipulación mediática (a la que se sumó, ahí sí, la dirigencia de la ONHAE), ellos protestaron: “hemos ido por nuestra propia voluntad”, dijeron. Es decir, “no nos defiendan, por favor, si nos da la gana de posar desnudos para los periódicos sensacionalistas es nuestro problema”:

“Si acudimos a la Ciudad de Guayaquil fue invitados por diario Extra, invitación que acogimos, sin influencia de nadie, con las intenciones de dar a conocer nuestra versión fuente al lamentable hecho entre nuestra etnia y los taromenanes, hechos que lamentamos muy de veras y que no volverán a suceder, además era oportuno el momento para exponer nuestra cultura, dar a conocer nuestras costumbres, historias y tradiciones” (sic).

La prensa se ancló a esta historia, a los boletines oficiales -salvo contadas excepciones-, a los partes policiales y de la fiscalía y a las versiones oscuras de la ONHAE. Oscuras porque la ONHAE tampoco fue a hablar con los guerreros huaorani primero. Antes, acompañó a la policía y a la fiscalía al sitio de las muertes... y elaboró su propia versión de los hechos pero tardó en hablar con quienes cometieron el asalto... Con eso quedó marcada la diferencia entre los jefes tribales y los dirigentes indígenas... (¿un problema de representatividad?). Los diarios *El Universo* y *Extra* fueron los primeros en ir a la comunidad de Babe, en Tiguino, de donde había nacido la expedición. El primero logró versiones de los guerreros que participaron en el asalto y fue

uno de los pocos diarios que puso la historia en primera página, con grandes fotos. El segundo logró costosas fotos para abrir su periódico con sangre (las imágenes de la cabeza). *El Comercio*, por su parte, trabajó desde su redacción en Puyo y 10 días después de la primera noticia llegó a El Pindo a confirmar versiones de los hechos. Las historias se publicaron sumando relatos y con muchos puntos de vista. Pero tampoco -y lo mismo ocurrió cuando la muerte de Alejandro Labaka- a nadie se le ocurrió revisar un poco la historia de los pueblos huao (que, por cierto, es una larga historia de guerras y de lanzas) ni revisar la bibliografía que hay sobre ellos.

¿Y las víctimas?

Mientras las autoridades se preocuparon por “levantar los cadáveres” (y enterrarlos, contra toda tradición), y por “hacer cumplir las leyes” a sociedades que tienen sus propias reglas, Miguel Ángel Cabodevilla y los capuchinos de la Misión se preocuparon por el tema del destino de ese pueblo, los taromenane (de quienes se dice que corren sin dejar huella), por conocer quiénes son y de dónde vienen, por apaciguar en algo la violencia en la zona y por pedir que se respete la zona intangible -larga lucha de Alejandro Labaka-. Porque hoy, más que nunca, el pensamiento de Labaka está presente en esas tierras: él era partidario del contacto para evitar la desaparición de aquellos pueblos desnudos. Y si murió, con las lanzas atravesadas en su cuerpo, su sacrificio no ha de ser en vano ni ha de quedarse solamente en el rito de las lanzas.

Miguel Ángel Cabodevilla, preocupado siempre por los asuntos de su selva y de aquellos fantasmas errantes hizo, entonces, un paréntesis: “cuando hay una guerra, todos fracasamos un poco, algo estamos haciendo mal o de forma insuficiente”, escribió en esos días. Y planteó algunas interrogantes: ¿qué está haciendo y que hará en adelante la sociedad ecuatoriana, sus responsables públicos, los actores más cercanos a esa repetida tragedia?

Entre los actores, por supuesto, estaba su propia Misión -la misión de Alejandro Labaka, que murió justamente tratando de evitar acontecimientos como esos, lanceado en un bohío en la selva, hace 15 años- y que ahora es nuevamente testigo de las lanzas, de la posible desaparición del grupo que mató al obispo (los tagaeri) y de la aparición de un nuevo grupo considerado casi una leyenda y que se ha asentado en esas tierras (los taromenane).

El asalto a los taromenane bien pudiera ser otro capítulo de una historia larga, ya contada antes por el mismo Cabodevilla. En las páginas de *La Región del Olvido* (1998, Cica-me), como si se tratara de una premonición, el capuchino alerta sobre la presencia de los taromena, taromenani o taromenairi, cuyo líder fue Taromenga, y sobre la fragilidad de esos pueblos. “Aparecen aliados a otro grupo, los huiñatare, conocidos como grandes corredores, numerosos y rápidos para el ataque (...) Los taromena hacen su aparición en medio de grupos que ya no existen, destruidos por las guerras internas o externas, saqueados por el tiempo tanto como por sus enemigos (...)”. Y se pregunta: “¿Ha ocurrido en los últimos años alguna fusión o aniquilamiento desconocido por nosotros que ahora ha quedado al descubierto merced a las incursiones malamente civilizadoras de Babe?”. Pues hoy, al parecer, sí. El clan de Babe ha ido “a por ellos” e incluso ha traído una cabeza.

El fin de la noticia

Cuando la noticia se iba diluyendo en la memoria, otro documento apareció ante la prensa: la dirigencia indígena había “perdonado” a los guerreros del Tiguino (los hijos perdonando a los padres; los padres, integrantes del Consejo de Sabios...). El comunicado, otra vez era confuso y escueto. En él se pedía que nadie intervenga, que nadie opine, que en las cosas de indígenas sólo los indígenas tienen que hablar... (antidemocrático el consejo que los asesores de las organizaciones indígenas han dado a sus discípulos). Por supuesto, al

día siguiente el titular de diario *El Universo* era aún más preocupante: “Indígenas amenazan con lanzar a quienes intenten capturar a participantes de matanza”.

La zona, entonces, se convirtió en un aviso pero con todo el mundo lanzando piedras y alterando el orden: la fiscalía y la policía tratando de detener a los “culpables” y la dirigencia otorgando el perdón a sus jefes. Como mensaje de naufrago, otro editorial de Cabodvilla apareció por aquellos días: “Ese no es el problema”, titulaba y daba las alertas del caso: donde nunca llegó la mano del Estado para ayudar, llega ahora, para castigar:

“¿Qué Estado es ese que alarga las manos que castigan allí donde no han llegado nunca las de su protección? Esas autoridades que no sabrían señalar los poblados huaorani en el mapa, ni hicieron nada por hacer de esos viejos guerreros ciudadanos ecuatorianos conscientes de sus derechos y obligaciones, ni castigaron el crimen de 1994, o se inmutaron por otros asesinatos recientes en la zona, por las continuas invasiones, violencias y desprecios a que se han visto sometidos desde entonces (y de todos esos polvos llegan estos lodos) los poblados huaorani implicados, ¿van ahora a perseguir de oficio a guerreros que, equivocados o no (yo creo que lo fueron), pelearon una batalla de las muchas que se dan en la selva profunda sin que nadie se inquiete por ellas? ¿No les parece una actitud de prepotencia e incultura?”

Algunas lecciones de esta historia

La historia de estas muertes no puede quedar en el olvido. Hay tareas urgentes en la zona para varios de los protagonistas. Y algunas ta-

reas y reflexiones que la prensa tiene que hacerse a diario:

1. Dudar. La duda es el principal axioma del buen periodismo.
2. Tomar en cuenta que la información oficial siempre responde a intereses particulares.
3. No hacer de los rumores, verdades. La prensa debe dejar de creer que lo que publica es verdad: lo máximo que puede hacer es tratar de relatar los hechos desde los distintos protagonistas, sin más pretensiones.
4. Hablar con los protagonistas y con las distintas fuentes, acudir al lugar de los hechos y luego confrontar las distintas versiones. Los análisis, comentarios, puntos de vista, vienen después.
5. No es importante llegar primero, importa saber llegar. El “golpe” a “la competencia” hace que se piense más en los otros medios, que en los propios lectores, que requieren antecedentes, hechos y contextos para entender la historia y sacar conclusiones.
6. Investigación y lectura. En esta historia hay mucho por investigar: sobre los madereros, sobre los huaoranis, sobre las víctimas, sobre la violencia en la zona, sobre los dilemas morales que esa violencia trae consigo. Es cierto que en la zona intangible se saca madera -y se sigue sacando- y en eso los propios huaorani han metido el diente aunque ese no haya sido el móvil de esta “nueva guerra” amazónica. Hace un tiempo José Miguel Goldaráz dijo algo muy sabio: “el paraíso está perdido, todos han comido ya la manzana”.